

¡Hermoso despertar el de la España republicana con motivo de las elecciones!... En distritos donde era omnipotente el caciquismo monárquico, aparecen triunfantes los candidatos republicanos; en comarcas donde hasta ahora se vendían los votos y la representación nacional era conferida al mejor postor, nuestros correligionarios, sin más medios que la propaganda, ni más fuerza que la virtualidad de la República, única esperanza del pueblo español, han vencido, arrollando todas las malicias tradicionales de esa oligarquía política, creada y mantenida por los gobiernos de la Restauración.

No solo en las principales ciudades de España como Madrid, Barcelona y Valencia, donde las masas populares son enemigas de lo existente ha triunfado el republicanismo; también los distritos rurales han alcanzado nuestros candidatos señaladas victorias, desbaratando por primera vez la fuerza casi secular de ese caciquismo medioeval que mantiene en los campos la vida servil de los tiempos feudales.

¿Quién ha hecho cambiar en tan corto espacio de tiempo la faz política de España? ¿Quién ha realizado este milagro?... La Unión Republicana.

Si España tiene treinta y tantos diputados republicanos, cifra jamás conocida en el Parlamento español, lo debe a la asamblea celebrada en Madrid. Allí, con el entusiasmo y la fraternal alianza de todos los revolucionarios republicanos españoles, se preparó el triunfo de los que van a representar la aspiración republicana en las próximas Cortes.

Para que las corrientes de opinión lleguen de la periferia al centro, precisa que sean impulsadas por inmensa fuerza. ¡Cuán grande no será el entusiasmo republicano de toda España y la intensidad de su contagio, cuando hasta Madrid, la ciudad de las clases oficiales, en la que una tercera parte del vecindario vive de los ministerios o del palacio real, ha sacado triunfante por inmensa mayoría de votos la candidatura republicana!...

Ante la victoria presente, se recuerda con amargura las miserias en que ha vivido el republicanismo durante algunos años; la atonía de nuestras fuerzas disgregadas y adormecidas en momentos supremos, que podíamos haber aprovechado para bien de la patria, derribando la monarquía.

Si en las penúltimas Cortes de Sagasta, cuando ocurrió la catástrofe colonial y se firmó el tratado de París hubiese existido el mismo entusiasmo republicano, sentándose en las Cortes igual número de diputados que los ahora elegidos, otra sería la suerte de nuestro país. La desunión, el personalismo, el fatal amor a los programas y sus diferencias nos han mantenido muchos años en la inutilidad más absoluta, convirtiendo en una escuela filosófica el republicanismo español que solo debe ser hoy por hoy una máquina de guerra contra lo existente.

«Nunca para el bien es tarde», dice el refrán, y lo que interesa es que este movimiento regenerador no se extinga sin haber dado resultados prácticos: conviene aprovecharlo para finalizar cuanto antes nuestra obra, pues de no ser así, si transcurren más años de régimen monárquico, se corre el peligro de que la República llegue tarde a España y no encuentre materia gobernable, ya que el país habrá perecido bajo la influencia corruptora de estas instituciones.

Como dijo el gran Costa en su último discurso, hay que traer la República cuanto antes, no ya por la bondad de la doctrina, sino por patriotismo, por el instinto de conservación que debe tener todo país como lo tiene todo individuo.

Si España ha de seguir viviendo, debe ser una nación en toda la latitud de la palabra, una nación autónoma dueña de sí misma; no una especie de finca pagada a la familia de los Borbones y explotada por los contertulios de esa familia.

Cuentan que Alfonso XIII, enterado estos días del triunfo de la candidatura republicana en Madrid por los ecos de algazara popular que llegaron hasta su palacio, preguntó con extrañeza a Silvela:

—¿Pero es que en mi nación hay republicanos?...

Educado en la cortesana adulación en la mayor ignorancia de lo que ocurre en España, el joven monarca cree que aquí todos somos felices bajo su reinado y nadie abomina de la monarquía.

En la misma ceguera han vivido todos los poderosos de la tierra hasta momentos antes de su ruina.

El 14 de Julio, Luis XVI creía que era un motín insignificante la acometida revolucionaria de todo París contra la Bastilla.

Alfonso XIII, ante lo que acaba de ocurrir en las elecciones, pregunta con asombro infantil si en España existen republicanos.

El tiempo se encargará de contestarle. Tal vez algún día vea de cerca a esos republicanos que le parecen seres fantásticos, y de los cuales, solo ha llegado a él el eco de las aclamaciones con que solemnizan el reciente triunfo.